

La manta maragata

María del Pilar Fuertes Pérez

Inocencio nació el 28 de octubre de 1905 en San Cristóbal de Valdueza, un pequeño pueblo colgado de las montañas que separan El Bierzo de la Maragatería, en la provincia de León. Fue el mayor de un rosario de 13 hijos que tuvieron sus padres, Doña Antonina Pérez y Pérez y Don Santiago Fuertes Flórez, nativo de Luyego de Somoza y luego afincado en San Cristóbal de Valdueza, por lo que siempre le llamaron “el Maragato”. De todos los nacidos llegaron a mayores solo seis de ellos: Inocencio, Marcos y Áurea, que emigraron hacia Argentina; y quedaron en España: Claudio, que fue sacerdote franciscano, Julia y Pilar, la más pequeña.

Mi abuelo Santiago, alcalde del pueblo, se dedicaba a la compra-venta de ganado y llevaba a su hijo mayor, Inocencio, a todas las ferias que había en la región por aquellos años: Cacabelos, Villafranca, Astorga, La Bañeza, Benavente etc. Los que conocemos la zona sabemos de la dureza del clima en invierno con la nieve, el viento y los lobos que hacían de ellos verdaderos cruzados para salir y volver con el ganado por esos senderos de Dios.

Allá por el año 1921/1922, llegó al pueblo un matrimonio conocido del abuelo Santiago que había estado en Argentina y a donde pensaban regresar en poco tiempo. Viendo trabajar a Inocencio, le propusieron a su padre que lo dejaran marchar para trabajar con ellos en Buenos Aires. Inocencio escuchó la conversación detrás de la puerta y según nos contó él, muchos años después, el corazón le saltaba en el pecho del entusiasmo y la emoción que sentía, pues él quería “ir para América” y así se lo hizo saber a sus padres. También escuchó a algunas personas mayores hacerle comentarios a su padre que “pronto le verían a Inocencio frecuentar el Paseo de Julio”.

Él no sabía de qué se trataba ese lugar pero lo averiguó muy pronto al llegar. El Paseo de Julio era la actual Avenida Paseo Colón y en ese entonces

cobijaba debajo de los arcos de la recova¹ todos los cabarets y “piringundines”² de alternancia y mala fama del Bajo, en la zona de Retiro. Se juró a sí mismo no pisar nunca ese lugar, para no defraudar a sus padres.

Imagino lo que esta decisión de partir para América debió significar para sus padres. Se le marchaba el hijo mayor, la mano derecha, el que empezaba a ser su ladero y continuador, el que ya estaba en condiciones de ayudarle y muy pronto a reemplazarle en el comercio del ganado. Pero esas gentes eran grandes y generosas, capaces de desprenderse de lo más preciado por la realización personal de sus hijos y así se lo dijo su padre a Inocencio: “vas a marchar porque no quiero que el día de mañana sientas que no te has realizado en la vida y no lograste tus objetivos por culpa del egoísmo de tu padre”.

Seguramente la abuela Antonina ató su acartonada maleta lo mejor que pudo y le entregó como preciado tesoro, a modo de legado afectivo, una manta maragata de pura lana rústica en color crudo a la usanza de la región, con una guarda en bandas de color rojo, verde y azul y entre ellas tejido su nombre: “Inocencio Fuertes” y que había mandado tejer para la ocasión. Esa manta no solo significó un regalo y una presencia familiar en su vida sino que también había depositado en ella todo el amor y la protección que deseaba para su hijo mayor cuando salía a conquistar el mundo. Y así fue...

Con 16 años viajó para Buenos Aires con aquellos señores para *hacer las Américas*. Partió de León a Pontevedra y en Vilagarcía de Arousa lo llevaron en una pequeña lancha hasta el vapor “Demerara” que lo arribó a Buenos Aires el 23 de febrero de 1923. A mi padre el mundo siempre le pareció pequeño, pero imagino su sorpresa y emoción al llegar a la gran ciudad: ¡de San Cristóbal a Buenos Aires!

Como estaba el matrimonio conocido de su padre esperándole, no tuvo que alojarse en el hotel de Inmigrantes, que recibía a todos lo que arribaban al país sin destino fijo; pero sí pasó por él al desembarcar. Tener alguien conocido a su llegada no significó para él ningún beneficio, sino todo lo contrario. Esas personas no lo maltrataron con golpes físicos pero sí con daños morales y emocionales.

Durante mucho tiempo durmió sobre una mesa arropado con la manta maragata que le entregó su madre al partir. Tuvo la fuerza de voluntad y la constancia en resistir ante la adversidad, siendo aún adolescente, para no entregarse y volver a casa de sus padres, donde no le faltaba nada y donde sus

¹ Atrio (N.E.)

² Los “piringundines del Bajo” eran, en la Buenos Aires de los años 20, pequeños locales similares a los cafés con espectáculos musicales muy modestos desarrollados por chicas ligeras de ropa. (N.E.)

padres le estaban esperando con los brazos abiertos. Siempre nos dijo que él volvería, pero no derrotado. Así fue que dejó a esa gente y se buscó la vida.

Primero trabajó como dependiente y luego con un poco de experiencia y otro poco de decisión y voluntad, se puso por su cuenta. Sus comienzos los dedicó a los ultramarinos que en Buenos Aires se llaman almacenes. Entre sus más distinguidos clientes estaba el Doctor Marcelo Torcuato de Alvear, cuando era Presidente de la República, quien vivía muy cerca del negocio de Juncal y Libertad y al que le gustaba conversar con Inocencio a quien cariñosamente llamaba “Galleguete”. Con esfuerzo y tenacidad la situación fue mejorando. Pasaron algunos años y en 1936 decide, con algunos amigos, viajar a España a visitar a su familia, pues ya habían pasado 13 años de su partida.

En el barco de viaje a España conoce a un grupo de señoritas que también regresaban a su tierra de vacaciones y a ver a los suyos. Entre ellas estaba María Pérez Rapela, natural de Betanzos, en La Coruña, quién había llegado a Buenos Aires, el 24 de noviembre de 1923, el mismo año que Inocencio pero unos meses después. Ambos grupos hicieron amistad durante el viaje y quedaron en encontrarse, en un lugar determinado, en una fecha cierta, pues todos pensaban estar varios meses con la familia como se estilaba en aquella época; pero las cosas no sucedieron como estaban planeadas, pues en julio de 1936 estalla la Guerra Civil española y todo cambió. El grupo de jóvenes mujeres regresaron de inmediato a la Argentina, pero el pobre Inocencio quedó encerrado entre dos fuegos, nunca mejor dicho, en donde tenía hermanos, tíos y primos en uno y otro bando, según fuera la situación geográfica. Cada vez que lo capturaban para ser fusilado podía zafarse de la situación, escapar y salvar la vida. Así fue rodando por la Península y llegar a Badajoz, hasta que una noche pudo subir a un tren que lo sacó de España y lo llevó a Lisboa en donde comenzaría otro calvario.

La Guerra Civil española involucró a varios países en la contienda y no sólo los españoles huían. Muchos, como él, hacía años que vivían en América y no sabían a ciencia cierta de que se trataba esta confrontación y si lo sabían no querían participar en ella, atentos a que miembros de su familia estaban en uno y otro lado. Todas las guerras son terribles pero no hay otra más denigrante que matarse entre parientes y por motivos políticos.

Además el debía regresar como fuera, pues por entonces ya tenía tres comercios de ultramarinos y era responsable de los compromisos contraídos. Comenzó el peregrinar por Lisboa, yendo a todas las agencias marítimas que fletaban buques hacia Buenos Aires y en todas obtenía la misma respuesta: “no hay lugar”. El puerto lisboeta era un enjambre humano. Miles de personas pugnaban por conseguir un sitio para salir de la Península.

Comía lo que conseguía y siempre pensando en mañana. Pasaron los días y el dinero se había terminado. Los últimos céntimos que le quedaban los

gastó en la compra del billete para una corrida de toros Mihura con rejones. Uno de los astados, ¡enorme!, como eran los Mihura de entonces, salió enfurecido y ciego y con tanta fuerza que al embestir el burladero, se abrió el testuz a la mitad. Nunca olvidó la corrida de esa tarde³.

Fue cientos de veces a todas las agencias que ya lo conocían; pero sólo en una de ellas, la “Mala Real Inglesa”, el gerente le dio una pequeña esperanza a la que se aferró con uñas y dientes. Iba a verle todos los días. De alguna manera este señor le había tomado cariño y tenía por él un interés especial. Quizás lo veía como a un hijo en dificultades. Lo cierto es que Inocencio a él, sí que lo recordó toda su vida, como a un padre; y eso nos lo transmitió a sus hijos. Después de casi un mes de espera, pasaría por Lisboa otro buque hacia Buenos Aires y en él, quizás, el gerente podría embarcarlo. Esta situación solo pudo darse en una época, en un tiempo, en que la palabra confianza y fe en el otro era absolutamente posible.

Pensemos que Inocencio no tenía un centavo con él, y lo único que podía ofrecerle en garantía de pago hasta llegar a Buenos Aires y enviarle el dinero, era un reloj de oro “Ulises Nardin”, extra chato, de bolsillo, de cuatro tapas (que aún conservo en mi poder) y que el buen señor no aceptó retener, sino que confió en su palabra de pagarle al llegar.

El día que arribó el vapor, el puerto era una multitud que pugnaba por subir cuanto antes y escapar. El gerente le dijo que fuera al puerto con sus maletas y que esperara hasta ver que podía hacer. Su desesperación llegó al máximo cuando vio que el guinche⁴ subía una red llena de equipaje entre los que iban sus maletas. Ahora sólo tenía lo puesto y la esperanza. Había intentado subir varias veces pero el guardia moreno que controlaba la escalera, lo había empujado de mala forma otras tantas, gritándole: “¡vocé, atrás!”.

De pronto llegó el gerente. Le dijo que esperara al pie y trepó la escalerilla para hablar con el capitán. Sabía que era su única oportunidad y sólo miraba hacia arriba. Veía claramente al gerente hablando con el capitán. Su equipaje ya estaba en la bodega y el barco por partir. Nadie sabe cuánto tiempo pasó; ni él mismo. ¿Qué hablarían? ¿Qué le estaría diciendo? Se jugaba el futuro de su vida en esa conversación. Quizás pasaron minutos, quizás horas. El moreno de control ya lo había empujado muchas veces para que se alejara de la escalera.

De pronto vio al gerente con el capitán en la borda del barco haciéndole señas para que subiera. ¡Imposible! El guardia no entendía nada, sólo lo empujaba hacia atrás. Costó hacerle entender que el capitán lo llamaba, que mirara

³ La ganadería de Mihura ha sido considerada desde mediados del siglo XIX como una de la más bravas de las de lidia. (N.E.)

⁴ Grúa. (N.E.)

hacia arriba, que no le estaba mintiendo. Subió esa escalera como quien sube a la gloria y se juró a sí mismo no volver a bajarla hasta llegar a Buenos Aires.

Y así fue. Pudo viajar sin pagar el pasaje, cuando había miles de personas en condiciones de abonar cualquier sobreprecio con tal de escapar. Los milagros existen y él tuvo en ese hombre su ángel de la guarda.

En el año 1957, cuando viajamos toda la familia a España por primera vez, nos llevó en Lisboa a las oficinas de la “Mala Real Inglesa” para agradecerle su gesto y presentarle a su familia, pero lamentablemente ya había fallecido.

Pasó el tiempo y dos o tres años después, se cruzó en la Avenida Santa Fe y Libertad con la joven María Pérez Rapela que había conocido en aquel viaje en barco a España de años antes y que terminó en desbandada general a raíz de la Guerra Civil. Comenzaron una relación de amistad, luego de noviazgo y que más tarde se concretó en matrimonio, el 14 de marzo de 1942.

Ya por entonces, su actividad comercial se había ampliado al sector gastronómico con la explotación del restaurante “Sorrento” de la calle Tucumán.

Un año y medio después nace su primera hija, María del Pilar, quien suscribe esta reseña en su homenaje y luego sus dos hijos varones, Santiago Andrés y Fernando Antonio.

Por comentarios de algunos amigos, viaja a la costa de la provincia de Buenos Aires interesado en ampliar horizontes: primero alquila y luego compra, el “Gran Playa Hotel”, en Mar de Ajó donde tiempo después se afianza con toda su familia y en donde desarrollará una tarea amplia y fecunda.

Por aquellos años viajar a la costa era verdaderamente un desafío de titanes... Había una cinta asfaltada hasta la localidad de Dolores, a unos 200 Km. de la Capital Federal, aproximadamente la mitad del trayecto, y luego un camino de tierra de casi 170 Km. Cuando llovía se transformaba en un verdadero lodazal en donde se atascaban los coches y que obligaba a toda la familia a dormir en el camino. Nuestro padre tenía que salir campo a través a buscar ayuda en cualquier rancho y volvía con algún baqueano con varios caballos que con una cuarta de arrastre arrancaba el automóvil del atasco, lo enderezaba sobre el camino y muchas veces debía tirar de él varios kilómetros hasta acercarlo a una zona más permeada.

¡Qué sacrificio! Muchas veces hemos pensado qué cosa sería que lo enamoró de este lugar; qué lo atrajo tanto como para vender sus negocios en la capital y dedicarse por completo a esta aventura, donde estaba todo por hacer. No había luz, ni gas, ni teléfono, ni agua corriente y por supuesto, ningún servicio derivado de los mismos. La caldera y las cocinas se calentaban con leña y gasoil; el agua se obtenía con bombas de extracción subterránea y para que llegara el teléfono, nuestro padre donó un salón con vivienda para el jefe y su familia, sin ningún coste, para que la Unión Telefónica instalara sus primeros equipos. Estos equipos eran verdaderamente anticuados para la actualidad,

pero hicieron que el pueblo se sintiera conectado con el mundo, a pesar de que una llamada a Buenos Aires podía tener varias horas de demora. Había dos operadores por turno, sentados frente a una mesa con alzada. En el frente de ese pasante había montones de chapitas con un número cada una, que caían cuando ese abonado quería hacer una llamada. Entonces el operador sacaba un cable muy largo de la mesa con un pico en la punta que se metía en un agujerito debajo de la chapita de otro abonado, para conectarlo con el señor de la chapita que había caído primero. Al terminar la comunicación la mesa se “tragaba” automáticamente los cables con pico que desaparecían de nuestra vista. Con mis hermanos mirábamos toda esta operatoria con asombro y diversión.

Nuestro padre nunca se amedrentó frente a las carencias. Todo lo contrario. Siempre luchó por ayudar a la comunidad en la que había decidido afincarse. A pesar de ser uno de los pocos en tener luz propia, por haber un grupo electrógeno en el hotel, no dudó en integrar un equipo de trabajo que viajó al interior del país en busca de motores para crear una cooperativa.

El 24 de abril de 1950 se fundó en los salones del “Gran Playa Hotel” (nuestro hotel, pero también nuestra casa), “CLYFEMA” cuyas siglas quieren decir: Cooperativa de Luz y Fuerza Eléctrica de Mar de Ajó. Además de esta cooperativa, con verdadero orgullo debo mencionar también las instituciones que mi padre fundó o colaboró decididamente en su constitución: la Asociación de Hoteles, Restaurantes, Bares y Afines, de la que fue su presidente hasta ser muy mayor, la Cooperadora Policial, la Sala de Primeros Auxilios (no había hospital), la Cooperadora Escolar y el Centro Español de Mar de Ajó. Cedía desinteresadamente los salones de nuestro hotel para que se realizaran las fiestas de la Hispanidad del 12 de octubre, con bailes, obras de teatro y comidas típicas.

La necesidad social y la generosidad cristiana, eran sus prioridades. Trabajó muchísimo para su familia y para el pueblo, sin esperar ni necesitar ningún reconocimiento público. Tenía una visión clara de lo que había que hacer para mejorar el servicio para el turismo, siendo el primero en incorporar el taxi aéreo como exclusividad para el transporte de clientes de nuestro hotel con ida y vuelta en el día a la Capital Federal.

Por supuesto que no existía ningún aeropuerto en la zona, pero los aviones aterrizaban y despegaban en la playa, frente mismo al hotel y carreteando traían a los pasajeros hasta la misma puerta de entrada.

El 20 de enero de 1956, en plena temporada de verano austral, y regresando de un viaje a Buenos Aires para traer mercadería, ya que en esa época no existían ni supermercados ni aprovisionamientos adecuados para hostelería, tuvo un terrible accidente de coche al chocar contra un puente, del que lo sacaron casi muerto. Con muchas dificultades y riesgos de vida, fue llevado a la capital e ingresado en el Hospital Español (otra institución con la que colaboró

siempre) donde fue operado varias veces y recuperado en lo posible, aunque al haberse destruido la cadera, quedó con una pierna más corta y bastón para el resto de su vida por la cadera fija reconstituida. Casi dos meses después del accidente, también él fue traído en avión hasta la puerta del hotel, totalmente enyesado, desde las axilas hasta los pies. Fue el primer sacudón (sic) con frenazo en su vida laboral y comercial, pero la limitación motora no fue todo. En 1964 y después de una alerta en su garganta fue sometido a una cirugía lateral para extraerle un ganglio para biopsia. La limpieza de la zona le causó el corte del nervio recurrente y como consecuencia una afonía permanente para el resto de su vida.

Pudo sobreponerse y seguir adelante, por sus convicciones religiosas, su personalidad luchadora y tenaz y porque tuvo la bendición y la dicha de tener a su lado a una mujer excepcional, extraordinaria compañera y madre ejemplar, que le apoyó siempre, le ayudó sin dudar y le secundó en todos sus sueños y ambiciones, con abnegación y amor absoluto, sin quejas, sin demandas, ni exigencias. Fue el ángel silencioso de nuestra familia y de nuestro hogar. Sin ella no hubiera sobrevivido a sus desgracias físicas, ni hubiera podido continuar con sus emprendimientos.

A pesar de sus limitaciones, nos llevó a conocer a su amada familia y a su querida tierra en muchas ocasiones. Allí nos señalaba, “in situ”, donde habían ocurrido aquellos sucesos que nos contaba de su niñez y juventud y que nosotros recibíamos maravillados y sorprendidos. En cada uno de los viajes, recorrimos España en todas direcciones. Nos hizo conocer las grandes ciudades y las pequeñas aldeas, con sus costumbres y tradiciones y a compartir con abuelos, tíos y primos los festejos de cada uno de los pueblos de los que eran oriundos. Así nos hizo vivir grandes acontecimientos como la fiesta de los pescadores en Cangas⁵, frente a la ciudad de Vigo, con los más espectaculares fuegos artificiales que hemos visto en nuestras vidas; la feria de San Fermín en Pamplona, con su alegría un poco loca y desbordante; Santa María y Los Caneiros en la Ría de Betanzos; la feria del caballo en Jerez de la Frontera; la Feria de San Isidro en Madrid, con sus magníficas corridas de toros; la Virgen del Camino en León; la de Guadalupe en Cáceres; la fiesta de los Maragatos en Luyego de Somoza, con sus mantecadas, tamboriles y dulzainas...

Sólo hubo una pendiente, quizá imposible de excluir y fue la Semana Santa en Sevilla y que por nuestro trabajo en el hotel, siempre en plena temporada de verano austral, nunca pudimos asistir.

A pesar de sus limitaciones físicas, siempre tuvo una visión extraordinaria para ver las oportunidades en donde con seguridad serían un éxito. Siempre

⁵ Se refiere a la localidad pontevedresa de Cangas do Morrazo, frente a Vigo, en la misma ría. (N.E.)

estuvo ligado a su tierra, y ya muy mayor, había “denunciado” unas tierras en el alto del Morredero, en la provincia de León, para hacer allí unas pistas de esquí, acompañando el desarrollo de tal emprendimiento, con hotelería y gastronomía. Pero los años ya pesaban sobre él y sus casi 80 primaveras se ralentizaron un poco y no pudo realizarlo. Más tarde alguien aprovechó la iniciativa y lo concretó, pues en la actualidad ya existen las pistas.

Tiempo después comenzó el calvario de su esposa María, con una terrible enfermedad terminal que detiene y posterga sueños, proyectos e ilusiones y acota la vida a la realidad diaria y cruel sin mañanas compartidas. Cuando ella se fue, dejó un vacío muy grande en su vida que se fue llenando de tristeza y soledad y que apenas pudimos mitigar sus hijos, nietos y bisnietos. A los 94 años, su corazón dijo: “¡basta! y hasta aquí llegamos”.

Él ahora no está, pero sigue aquí con nosotros. Nos sentimos orgullosos y muy honrados, no sólo de su ejemplo como padre, sino también de habernos transmitido su cultura, sus tradiciones, el amor a su tierra y de habernos llevado allí desde niños para compartir la familia, conocer sus campos y paisajes, disfrutar sus fiestas y empaparnos de su magnífica historia en el lugar de los hechos.

La abuela Antonina seguramente tejió la manta maragata para abrigar a su hijo lejos del hogar, pero quizás no imaginó nunca que arroparía los sueños y la realidad de un hombre extraordinario, luchador, combativo, trabajador por excelencia, que no se sintió nunca derrotado y que dejó el mejor de los ejemplos a su familia y a la sociedad en que vivió.



90º cumpleaños de Inocencio Fuertes Pérez con su esposa María Pérez Rapela.